

LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LOS TIEMPOS QUE CORREN

Por **Mauricio Ostria González**,
U. de Concepción

Estamos inmersos en un período de cambios bastante radicales. No sólo las formas exteriores de la vida y la convivencia social se modifican, sino también las normas valorativas, el horizonte del conocimiento, las conductas, los criterios de acción, las perspectivas, etc. Los cánones mismos de nuestra cultura están, como quien dice, en entredicho. Las jerarquías dejan de serlo y ceden su lugar a convergencias y espectros plurales; el ideal de unidad y totalidad se resquebraja y fragmenta en el reconocimiento de lo heterogéneo y lo plural, las minorías, los márgenes. Vivimos una crisis múltiple que incluye relaciones de poder, identidades sociales (clase, religión, nación, etnia, etc.), sistemas de representación, equilibrios naturales. Se anuncia el fin de la historia, de las ideologías y las utopías. Tal actitud revela una profunda crisis, respecto de las certidumbres que sostenían la modernidad. Por un lado, se imponen el descreimiento, la falta de compromiso, el desinterés por lo que no sea el goce o el provecho inmediato y lucrativo, la indiferencia y la evasión, fundados en un extendido relativismo, detrás del cual se agazapa una actitud profundamente escéptica. Ni ideas de validez universal, ni proyectos sociales de alguna trascendencia. Ahora, los problemas son otros, tal vez más graves y acuciantes, porque más inmediatos: los medioambientales y sicosociales, los relacionados con las nuevas enfermedades letales o la drogadicción, los de la inseguridad en las grandes ciudades, etc., todo, abordado desde una perspectiva cerradamente individual.

Al mismo tiempo, asistimos al surgimiento de nuevos ordenamientos: visión holística del mundo, introducción de la perspectiva del sujeto en todas las disciplinas científicas, relaciones de hombre y mundo como ecosistema, superación de la idea de progreso lineal, equilibrio entre competencia y cooperación, reconocimiento de la alteridades de género, etnia, cultura, religión, relatividad de los patrones culturales, conciencia de que la racionalidad es sólo una dimensión del conocimiento a la que hay que añadir sensibilidad, afectividad, imaginación. Asistimos al "desplazamiento de las demarcaciones y las fronteras entre razón e imaginación, ciencia y arte, naturaleza y artefacto, la hibridación cultural entre tradición y modernidad, entre lo culto, lo popular y lo masivo" [Martín-Barbero 1993: 19].

Estamos, pues, a las puertas de un nuevo humanismo que, lejos de competir con la ciencia y la tecnología busca integrarse hacia una comprensión más equilibrada del hombre en el mundo: un humanismo situado [Ostria 1995].

Mientras tanto, inmersa en tamaña crisis, la cultura contemporánea, en tanto conjunto de objetos, creencias, valores, relaciones y procesos, padece una contradicción tal vez irresoluble: por una parte, se opone con ahínco a los grandes relatos hegemónicos y proclama y valora la existencia de lo diferente, lo plural, lo otro, lo heterogéneo; por otra, simultáneamente, acepta inerte los efectos uniformadores de lo que ha venido en llamarse el fenómeno de la globalización que no es otra cosa que una monstruosa y gigantesca transnacionalización de los mayores poderes jamás existentes.

En este marco de cambios culturales profundos cuyo horizonte no alcanzamos a percibir del todo, debe situarse lo que se ha llamado la crisis del libro y la lectura y, por ende, de la práctica literaria, entendida como el circuito comunicativo de escritura-lectura. A nuestro juicio, se trata de la crisis de ciertas formas tradicionales de entender y fomentar la lectura de textos literarios y, no, necesariamente, de una crisis de la lectura, en general. Frente a una cultura en que las fuentes de información, las formas de conocimiento y los medios de lectura se multiplican y en que, consiguientemente, el libro deja de ser el centro, el lugar privilegiado del conocimiento, las políticas de fomento del libro y la lectura, especialmente a través de los medios de enseñanza, debieran ser especialmente permeables a todo tipo de estrategias tendientes al aprovechamiento de esas otras fuentes, formas y lecturas multimediales con las que el libro compete. Quizá la actual crisis educativa, en lo que dice relación con la lectura, especialmente con la lectura de textos literarios, no tenga tanto que ver con la incorporación de las nuevas tecnologías en sí, cuanto con los profundos cambios que ellas implican y que significan un continuo e inestable proceso de reorganización y reubicación de saberes y sistemas de codificaciones, cuestión, que todavía no terminamos (o no empezamos) a asimilar adecuadamente. Tal proceso implica

profundos cambios en los modos de leer, no siempre advertidos por los que se obstinan "en seguir pensando la lectura únicamente como modo de relación con el libro y no con la pluralidad y heterogeneidad de textos y escrituras que hoy circulan" [Martín-Barbero 1993: 30-1].

Ese vertiginoso proceso de cambios requiere, pues, de sectores preparados, audaces, imaginativos, que sean capaces de entender la dinámica de esas nuevas formas de semiosis, de discernir sus sentidos, no sólo desde la lógica o la racionalidad tradicionales, sino desde cualquier enfoque, umbral, perspectiva o sistema simbólico sensibles a la aprehensión de los complejos fenómenos que articulan la cultura contemporánea

Frente a tamaños desafíos, ¿es posible seguir enseñando literatura de la misma manera?; ¿vale la pena hacer el intento cuando mucha literatura se juega entre lo 'leit' y los multimedia? Por otra parte, los textos literarios aparecen cada vez más arrinconados e indiferenciados entre una multitud de textos pragmáticos (periodísticos, científicos, históricos, biográficos, publicitarios, etc.). No son pocos los que proponen suprimir los textos literarios de los cursos de lenguaje y comunicación porque, argumentan, no representan el habla cotidiana, útil y práctica de la comunicación real. De ese modo se evitan, claro, las mayores dificultades que normalmente los textos literarios ofrecen. Se olvida, además, que la obra de arte literaria es capaz de asumir todas las formas del discurso (aún las orales-coloquiales como transcripciones estilizadas), de estructurar totalidades y de aprovechar todas las posibilidades del sistema, más allá de las normas vigentes y de los usos automatizados. Por añadidura, la literatura es el medio lingüístico más eficaz para la verbalización de situaciones y entornos. Tampoco faltan los que, siguiendo una moda oriunda de ciertas metrópolis procuran diluir la literatura en lo que han dado en llamar estudios culturales. ¿Qué sentido puede tener enseñar literatura en las actuales circunstancias?

En sendas oportunidades, hemos presentado diversos proyectos que buscaron romper el círculo vicioso del desinterés por la lectura de textos literarios en las instituciones educativas. Diversas razones han impedido hasta ahora su ejecución. Voy a referirme sólo a dos de ellos a modo de ejemplos.

Primero. Se ha hecho un lugar común el afirmar que cada vez se lee menos y que en los ámbitos estudiantiles no existe el debido interés por la lectura, especialmente referida a obras literarias. Se suele vincular el problema a la presencia invasiva de medios audiovisuales, tecnologías computacionales, juegos electrónicos, etc. Por otra parte, los profesores de Castellano se quejan continuamente del poco entusiasmo que despiertan en los alumnos los textos recomendados en los programas oficiales.

Nos parece que, aún aceptando el diagnóstico anterior, se hace necesaria una actitud más objetiva, que no se funde sólo en apreciaciones u opiniones más o menos intuitivas, sino en un trabajo de descripción y análisis realizado 'in situ' a los sujetos lectores, considerando, además, que el desarrollo de la capacidad o competencia lectora debe procurarse en la etapa de formación de las personas; es en ese período que pueden, efectivamente, inculcarse hábitos tendientes a leer comprensiva y gozosamente.

¿Quién les ha preguntado a los niños, a los estudiantes por sus gustos lectores, por aquello que les gustaría encontrar en los libros? Es frecuente oírlos referirse a las lecturas obligatorias como aburridas, fomes, latosas. Fundados en esta experiencia, propusimos investigar los hábitos y preferencias lectoras de los estudiantes a través de un programa de encuestas, entrevistas y ejercicios, que permitieran, por un lado, observar, describir y evaluar los hábitos de lectura, y, por otro, percibir los gustos y preferencias literarias. Los resultados se contrastarían con las lecturas canónicas de los programas oficiales de enseñanza. La investigación concluiría con la construcción de un corpus que compatibilizara las preferencias de los jóvenes con los objetivos educativos contemplados en los planes oficiales. Finalmente, un informe propondría medidas tendientes a corregir, desarrollar y fomentar la competencia lectora del universo investigado, así como estrategias que permitieran a los profesores de Literatura ensayar nuevas metodologías para la enseñanza, especialmente en el trabajo de comentario e interpretación de textos. El objetivo último de este proyecto era fomentar la lectura comprensiva y gozosa.

Segundo. Frente al desinterés por la lectura de textos literarios en el ámbito universitario se requiere un cambio de actitud que tome en consideración la nueva situación que afronta el libro en el concierto de un cada vez más variado y complejo sistema de signos y que, lejos de

descalificar la avalancha de mensajes multimediales, los incorpore en estrategias en que se reconozca la singularidad del libro, del texto literario; "Leer es encontrar sentidos" [Barthes 1980: 7]: éste es el desafío al que nos enfrentamos los que nos dedicamos a la enseñanza o al fomento de la lectura: aprender a leer de nuevo los signos de los tiempos.

El problema se sitúa, ahora, en el marco más amplio de la enseñanza de la literatura en la Universidad y de su función en la formación humanística del universitario. La idea es que la Literatura no constituye, por ser una forma superior de expresión de experiencias humanas universales, sólo un tipo de discurso específico al que debe estudiarse con los adecuados instrumentos técnicos, sino y, sobre todo, una forma de conocimiento y apropiación, por parte del sujeto-estudiante, de lo humano universal, histórico y particular, en profundidad y totalidad. Por lo tanto, se trata de enfocar esta disciplina como "Literatura y Cultura", y en tal sentido, aparece no sólo necesaria para las carreras especializadas en su estudio sino altamente aconsejable para todas las carreras universitarias. Debe destacarse, asimismo, la importancia de la Literatura en el ámbito de la cultura chilena y latinoamericana.

Al respecto cabe señalar que: 1. Esta disciplina ha ido variando su enfoque conforme se han desarrollado diferentes teorías y métodos de análisis e interpretación de textos literarios; pero, en general, ha mantenido su carácter de disciplina preferentemente expositiva. Se procura ahora convertirla en una disciplina de mayor participación y actividad del estudiante, donde la exposición de resultados y memorización de los mismos sea reemplazada por el planteamiento de problemas cuya solución, en parte, sea responsabilidad de los propios alumnos. 2. Las deficiencias culturales de los alumnos (específicamente sus experiencias de lectura) hacen necesario un reforzamiento en cuanto a mejorar las técnicas de adquisición de conocimientos y de aproximación a los textos literarios, ciertamente más complejos que otros tipos de escritura; 3. En un medio, en general, culturalmente pobre, es preciso acentuar por vías diversas la importancia de los contextos que la literatura pone en movimiento. Se trata, entonces, de situar el texto literario en las coordenadas histórico-sociales, artísticas, etc.

Para los fines señalados se propone; 1. Elaborar un Texto-guía con las siguientes características: Se trata de un texto modular compuesto de Unidades y Subunidades intercambiables; cada Unidad corresponderá a un problema-autor-texto. V.gr.: "La imaginación material en 'Alturas de Macchu Picchu' de Pablo Neruda", "Mestizaje cultural en Cien años de soledad de Gabriel García Márquez". A su vez, cada Unidad se compondrá de cuatro Subunidades: a) una Introducción al problema; b) Un Fragmento Textual comentado; c) una Lista de Preguntas para orientar la solución del problema; d) una Bibliografía que permita consultar y resolver las preguntas, y e) un conjunto de sugerencias de Actividades Complementarias (apoyos audiovisuales: uso de grabaciones sonoras, (lecturas, dramatizaciones, música), filmes, videos, diapositivas, mapas; visitas a museos, exposiciones, representaciones teatrales, conciertos, charlas complementarias, excursiones, etc. Cada Unidad y Subunidad deberá ser impresa independientemente de modo que forme con las demás una especie de Archivo o colección fascicular. Esto permitirá que, según las circunstancias, los intereses y las necesidades del curso, puedan cambiarse o reordenarse, total o parcialmente, autores, textos, sugerencias o bibliografía, según el profesor lo estime conveniente. Cada unidad y Subunidad, además, estará integrada a un Programa computacional que posibilite la solución de problemas individuales (léxico, información específica (lingüística, retórica, histórica, geográfica, etc.), información adicional (bibliográfica, gráfica, etc.). Esto dará cabida a las diferencias de intereses por parte de los estudiantes y permitirá solucionar en parte los actuales problemas de falta de libros en nuestras bibliotecas.

El relacionar las lecturas con el mundo circundante (social, cultural, artístico), así como el empleo de videos, cassettes, la asistencia a exposiciones, sesiones de cine, teatro, etc. pueden ser instrumentos muy útiles en la contextualización de las lecturas. Sin embargo, no se trata de sustituir la lectura de textos literarios por otras formas de semiosis, sino de situarlas debidamente. Al respecto, Octavio Paz nos recuerda que "Todos los elementos y formas de expresión que aparecen aislados en la historia de la poesía: el habla y la escritura, el recitado y la caligrafía, la poesía coral y la página iluminada del manuscrito, en suma: la voz, la letra, la imagen visual y el color, coexisten en los modernos medios de comunicación. Pienso claro está, en el cine y en la televisión. Por primera vez en la historia, los poetas y sus intérpretes y colaboradores -músicos, actores, tipógrafos, dibujantes y pintores- disponen de un medio que es, simultáneamente, palabra hablada y signo escrito, imagen sonora y visual, en color o en blanco y negro. Además, en las pantallas del cine o la televisión aparece un elemento completamente nuevo: el movimiento" [Paz 1990: 91]. Lo dicho por el poeta mexicano vale también para el drama

y .en menor medida para el relato. De modo que el empleo de mensajes correspondientes a otros sistemas semióticos no verbales no sólo no debilita el enfoque centralmente literario, como debe ser, sino que, en cierto modo, le devuelve a la creación literaria ciertas dimensiones perdidas y añoradas por los escritores. Recuérdese sino, para citar dos casos muy cercanos, los intentos de Julio Cortázar y de Nicanor Parra por trascender el objeto libro y el carácter meramente escritural de la literatura en obras como *La vuelta al día en ochenta mundos* o *Último round* y *Artefactos* o *Chistes* para desorientar a la Policía/poesía, respectivamente.

Sin embargo, lo que última y definitivamente justifica y justificará siempre la lectura, el estudio y la enseñanza de la literatura es que ella constituye, sin lugar a dudas, el supremo producto de aquello que mejor nos caracteriza como seres humanos: el lenguaje. En efecto, el lenguaje como aprehensión del mundo es el supuesto de la cultura en tanto imagen interpretativa de la realidad; como actividad dialógica es fundamento de lo social y de la historicidad del hombre; por eso mismo es instrumento de comunicación y de praxis social; como actividad creadora es el primer fenómeno de la libertad del hombre.

La dimensión creadora del lenguaje encuentra su manifestación más plena en la lengua literaria, allí donde la palabra sin dejar de ser palabra se transforma en obra de arte. Por eso, y como quiera que la cultura idiomática supone asumir la tradición y las reglas de manera creadora, parece conveniente el continuo y progresivo enfrentamiento del estudiante con productos lingüísticos verdaderamente innovadores, capaces no sólo de desarrollar una competencia lectora lo más amplia posible, sino de involucrar al sujeto en una convivencia auténtica con visiones complejas y por eso mismo enriquecedoras. Así, una planificación eficaz hacia la formación de sujetos cultos lingüísticamente -ideal de todo proceso educativo de la lengua materna-, esto es de sujetos capaces de ejercer su libertad en medio de la coacción social, debería suponer, junto a las tareas de reconstrucción consciente del sistema lingüístico y del reconocimiento y posterior dominio de los usos y normas socialmente valiosos, el desarrollo de la capacidad interpretativa, o sea, la capacidad de comprender el sentido de los discursos, más allá del desciframiento de significados gramaticales o léxicos. Para estos fines, los textos literarios se nos aparecen como objetos-instrumentos insuperables, precisamente, por figurar vivencias humanas individualizadas con proyección universal, es decir, posibilitadoras de diálogo intersubjetivo; por ser modelos de sentido complejo y expresiones cabales de la creatividad, y por ende, de la libertad del ser humano [Ostria 1988: 36-9].

REFERENCIAS

Barthes, Roland, 1980. S/Z, México, Siglo XXI.

Martín Barbero, Jesús 1993. "Nuevos modos de leer", Revista de Crítica Cultural, 7: 19-23.

Ostria González, Mauricio 1988. "Lenguaje y libertad. Sobre la literatura y la enseñanza de la lengua materna", Escritos de varia lección, Concepción, Sur. 1995 Sobre el sentido de la lectura, Ediciones de la Universidad de Concepción (Tribuna Universitaria 22).

Paz, Octavio 1990. Hombres en su siglo y otros ensayos, Barcelona, Seix Barral.